

El recorrido de Jordi Armadans en el movimiento por la paz viene de lejos. Objeto de conciencia al servicio militar, ha seguido luego con la objeción fiscal a los gastos militares, con su tarea de secretario de la Federació Catalana d'ONG per la Pau o su actual pertenencia al Consejo Rector del International Peace Bureau. Trabajó para Intermón coordinando las campañas contra las minas antipersona y a favor de la transparencia en el comercio de armas. Desde hace algunos años es director de la Fundació per la Pau, uno de los espacios más consolidados del pacifismo en la ciudad de Barcelona.

El año 2001 quedará sin duda marcado por los atentados del 11 de septiembre contra las torres gemelas de Manhattan. Empezemos pues la entrevista hablando del significado que este hecho ha tenido para ti, una persona comprometida en el pacifismo.

Como a mucha otra gente, me causó un impacto brutal. Recuerdo que fui incapaz de llamar por teléfono a amigos y amigas muy cercanas. A ellos y ellas les pasó igual.

La sensación inicial era de conmoción absoluta, de encontrarse ante un hecho aturridor, de difícil comprensión y con el que se abrían un sinnúmero de consecuencias imprevisibles y, posiblemente, altamente preocupantes.

Los atentados eran un acto de barbarie planificado al milímetro, en el cual la muerte de toda aquella gente era un aspecto puramente técnico para quienes los diseñaron. En el fondo, constatas que la vida de las personas continúa siendo una simple moneda de cambio para proyectos políticos de todo tipo. Nada nuevo ciertamente —nuestro mundo se edifica y sostiene sobre esta cultura de violencia e intolerancia— pero los atentados significaban una evidencia más de todo ello.

Hay algo de impacto nuevo o demoledor para el sistema internacional, de los atentados del 11 de septiembre. Se trata del primer ataque que EE UU recibe en su territorio procedente del Tercer Mundo. Además, el hecho que un ataque tan brutal y con tantas consecuencias no haya sido reivindicado públicamente confiere una sensación de incertidumbre muy elevada,

Otras cosas que se han dicho, sin embargo, parecen menos sensatas. Por ejemplo, se ha hablado que los atentados suponían la tipo de guerra del siglo XXI cuando ya hace tiempo que, tanto desde las relaciones internacionales como desde el movimiento por la paz, se viene diciendo que las guerras han cambiado sus características, que ya no son enfrentamientos entre estados o fuerzas regulares sino conflictos armados participados por todo tipo de agentes (ejércitos, mafias, grupos, guerrillas...), etc. Por otro lado, quizá sin ser tan espectaculares, el mundo ya había sufrido acciones terroristas que incidían o pretendían incidir en la política internacional o en los centros de poder occidental. Pero, ya se sabe, a fuerza de repetir que algo representa una novedad y un cambio espectacular, al final sí que acaba suponiendo una novedad o, al menos, históricamente tenderá a ser visto e interpretado como tal.

En todo caso, creo que la reflexión más precisa, simple pero profundamente rompedora para los esquemas clásicos de la política exterior e internacional es que los atentados demuestran, definitivamente, que el mundo es pequeño: todo lo que aportamos tiene consecuencias e impactos que todos acabamos por sufrir o percibir. No hay escapatoria posible. No podemos desentendernos de las políticas que hagamos o permitamos, porque van a poder tener consecuencias que, tarde o temprano, nos van a afectar

Muchos de nosotros mientras veíamos el desplome de las torres nos dimos cuenta de que siempre habíamos dado por supuesta la invulnerabilidad de los Estados Unidos. ¿Cómo crees que afectará en el futuro las políticas de seguridad estadounidenses esta nueva conciencia de vulnerabilidad ?

La constatación de esa interdependencia compleja de nuestro pequeño mundo con la evidencia de un amplio catálogo de problemas pendientes de todo tipo debería convertirse en un aliciente para que los estados, y en este caso EE UU, decidieran poner un poco de orden a este sistema internacional, intentando que las políticas económicas, sociales, internacionales, etc. tendieran a reforzar los aspectos de equilibrio, justicia, armonía, paz, etc.

Creo que algo que se había dicho desde el movimiento por la paz ha quedado claramente reflejado en estas crisis. Nos habíamos hartado de decir que los desequilibrios, los conflictos enquistados, los problemas pendientes de derechos humanos, etc. eran inversiones seguras en desestabilización, desorden, caos, conflicto y violencia. Construir un mundo más pacífico y seguro pasaba no por reforzar los ejércitos y renovar el militarismo, sino por edificar unas relaciones económicas, sociales y políticas a nivel mundial más equilibradas, justas y democráticas.

Pues bien, la crisis del 11-S es un magnífico ejemplo en este sentido. Los atentados, ciertamente, no hubieran sido posibles sin la militancia expresa de determinada gente en la violencia y la intolerancia, pero tampoco hubieran podido llegar tan lejos sin la explotación interesada del dolor y sufrimiento que existe en el mundo musulmán. Dejar pudrir, por lo tanto, el conflicto palestino-israelí o permitir el genocidio de las nuevas generaciones en Iraq es, además de éticamente repugnante, estratégicamente desastroso para la seguridad internacional. Ni un imposible y fantasmagórico proyecto de escudo de defensa antimisiles (NMD) hubiera podido evitar los atentados. Un mundo más justo, quizás sí.

Que la crisis debiera servir para constatar todo esto y tomar buena nota, está bastante claro. De hecho, parece que muchos analistas y pensadores norteamericanos han sufrido una fuerte sacudida y han realizado reflexiones en este sentido. Finalmente, pero, la respuesta norteamericana del poder político no ha pasado por esta profunda revisión y enmienda, sino por el enroque en las posiciones más numantinas, militaristas y cerradas. Una auténtica lástima.

A pesar de esa primera constatación pesimista, no deberíamos olvidar que EE UU venía de un unilateralismo salvaje y ahora, ni que sea para conseguir un apoyo incondicional a sus propuestas, ha tenido que sentarse, negociar, dar contrapartidas, escuchar, etc. a numerosos países. Eso no es poco. Si confiamos, además, que la reflexión intelectual y el debate político generado por la crisis va a ser útil finalmente, podemos apuntar que, pese a todo, algo va a mejorar. De hecho, Chomsky ha comentado que nunca se había sentido tan escuchado e interpelado en los EE UU como en esta ocasión. Ha habido, pues, un interés real por entender lo que ha pasado, aunque la respuesta oficial haya sido la de siempre.

La población norteamericana ha respondido al ataque sufrido y al dolor por las víctimas con un patriotismo encendido que no deja lugar a la disidencia y, por supuesto, al discurso pacifista que intenta comprender las causas de la violencia y busca soluciones no violentas a los conflictos, ¿Es ésta una reacción defensiva inevitable? ¿Se puede expresar y canalizar el dolor en otros sentidos más solidarios y menos agresivos? ¿Cómo se puede volver a ensanchar el espacio de las libertades ciudadanas que se están viendo recortadas con el apoyo de la población en los Estados Unidos?

Cuando se sufre una agresión violenta de cerca, las reacciones siempre son más virulentas y primitivas y tendentes a respuestas desesperadas. Es algo lógico y, hasta cierto punto, normal. Si los ataques hubieran ocurrido en Europa, quizá la «prudencia» europea hubiera desaparecido por completo.

La reacción en EE UU, sin embargo, no ha sido uniforme y sin matices. Mucha gente explica cómo los ciudadanos de Nueva York, pese a haber sufrido como los que más el golpe de la violencia, fueron los menos proclives de todos los EE UU a una respuesta vengativa y militar. Un dato interesante: la gente puede cansarse, finalmente, de tanta violencia y no querer entrar en la actitud del ojo por ojo.

En todo caso, quiero señalar lo que creo es un grave error de interpretación muy extendido. Se suele decir que como la opinión pública norteamericana pedía venganza y respuesta militar, al poder político no le quedó otro remedio que satisfacer este deseo popular. Lo veo absolutamente al revés: los primeros mensajes públicos de George Bush, así como de los principales líderes políticos, fueron muy primitivos («el bien contra el mal», «Dios se apiade de ellos, porque nosotros no!», etc.) y todos en clave de venganza militar, con lo cual es fácil que la opinión pública norteamericana acabara pidiéndola. Además, EE UU demasiadas veces ha aplaudido, apoyado, justificado, comprendido, exigido, etc. una respuesta militar ante una crisis. Ello es un evidente aldabonazo a la cultura de la violencia que, evidentemente, en un caso extremo como el presente, se activa y se concreta.

Si hubiera habido otros recuerdos históricos, si en otras crisis se hubiera hablado de vías diplomáticas, de presión política, si en esta crisis los primeros mensajes públicos de los líderes norteamericanos hubieran hablado en otros términos, de obtener justicia y no de hacer la guerra, por ejemplo, ¿cuál hubiera sido la respuesta de la gente?

Por lo que respecta al recorte de libertades, la verdad es que nos encontramos en una situación claramente regresiva y a la que no se ofrece, desde el mundo oficial y político, ninguna resistencia o matización. Poquísimas voces de instituciones y organismos internacionales han alertado un poco sobre las graves extralimitaciones que se están cometiendo. Es la lección al revés: en vez de promover los derechos humanos para conseguir

seguridad, se limitan y vulneran. ¿Qué seguridad sostenible vamos a conseguir así? La única confianza es que la de momento imparable dinámica oficial de limitación y vulneración de libertades y derechos humanos, se vea truncada cuándo en el momento más impensado la gente reaccione de forma negativa y contundente a estos excesos del poder político.

Algunas personas han comentado la diferencia de trato que han recibido las víctimas americanas en los medios de comunicación, en relación al que reciben las poblaciones del llamado Tercer Mundo cuando viven una tragedia. Sin embargo, los comentarios en este sentido se han descalificado tachando los de insensibles y antiamericanos. ¿Cuál es tu opinión acerca de este tema?

Bueno, esto es una realidad indiscutible. Por desgracia, las muertes del 11 de septiembre en EE UU no son las únicas. Hay montones de conflictos que, a diario, dejan violencia, muerte y destrucción. Algunos de estos conflictos están absolutamente olvidados por la comunidad internacional y no aparecen ni marginalmente en la escena mediática mundial. En la zona de los Grandes Lagos, por poner un ejemplo, las masacres continúan siendo brutales y, en cambio, nadie llora, nadie se preocupa y nadie se indigna por estas muertes.

Además de las muertes por guerras y conflictos, hay mucho sufrimiento en el mundo por hambre, desnutrición, falta de condiciones básicas de habitabilidad, etc. que producen a diario muchas más muertes que las que cayeron en los atentados de las torres gemelas. Reírse de las muertes del 11-S en EE UU es claramente insensible, pero no preocuparse lo más mínimo por todas las otras muertes, también. Y tiene algo de obsceno ver como la UEFA, por poner un solo ejemplo entre muchos de posibles, decide suspender las competiciones deportivas con motivo de los atentados del 11-S, cuando ha tenido —por desgracia— un montón de posibilidades de solidarizarse con las víctimas de la barbarie y nunca lo ha hecho (Bosnia-Herzegovina, Argelia, Kosovo, Latinoamérica, etc.)

Durante la Guerra Fría ya fue desgraciadamente habitual: cada cuál se indignaba por las víctimas que consideraba propias e ignoraba, comprendía, matizaba o situaba en un contexto determinado las ajenas. Hay que acabar con estas dinámicas, por todos los lados. La única sensibilidad real y posible con las víctimas de la violencia, es sentirse cercano, sentirse interpelado por todas las víctimas de todas las violencias en el mundo, sin hacer distinciones por lejanía, pertenencia o no al primer mundo o en función de intereses varios/ Y trabajar, activa y decididamente, para la superación de estas situaciones es el mejor homenaje que podemos hacerles.

Después de los atentados la guerra se consideró como algo inevitable e imprescindible para luchar contra el terrorismo. Es curioso que los políticos -y las poblaciones- siempre se declaran favorables a la paz en los discursos, pero ante situaciones concretas en las que el verdadero reto sería conseguir o mantener la paz, se ve la guerra como única solución posible. ¿Es doblez, hipocresía, incapacidad o falta de voluntad...?

Antes que nada, sobre la lucha contra el terrorismo, cabría recordar que muchos de los países pertenecientes a la coalición antiterrorista son, en algunos casos, ejemplos activos de lo que no se debe hacer para alimentar y fomentar el terrorismo. Es decir, en vez de bombardear a terceros países, sólo con cambiar las dinámicas, prioridades y estilos de sus políticas exteriores, y ajustándolas al cumplimiento de las normas internacionales de derechos humanos, regulando estrictamente los servicios secretos, etc. muchos países ya harían un magnífico favor a la lucha por la erradicación del terrorismo y de las prácticas terroristas. Que los mismos países que han permitido, fomentado, armado, animado y apoyado a los talibán y, en general, a muchos otros grupos extremistas del islam político, estén dentro de esta coalición antiterrorista, es francamente curioso, por decirlo de alguna manera. Que países como EE UU, auténticos especialistas en prácticas terroristas estén liderando la coalición, ya es sintomático...

En fin, nos podríamos alargar mucho. Pero todo esto nos permite contestar más claramente la pregunta: evidentemente hay hipocresía y hay falta de voluntad o, si se supone buena fe, incompetencia absoluta, porque se predicaban unos valores que se dificultaban con las prácticas políticas que se ejercen.

Cuando se declara una guerra siempre parece que los pacifistas son personas bien intencionadas pero ingenuas. ¿Qué puedes contestar a esa crítica condescendiente? Es una crítica habitual, y un tanto tónica, que cíclicamente recibe el movimiento por la paz. Pero, comparado con otros improperios recibidos últimamente, ¡incluso resulta entrañable y agradable oírla!

Sin embargo, la crítica es claramente inconsistente. Veamos: cualquier analista internacional reconoce que es mejor anticiparse a los conflictos que responder reactivamente a los mismos. Pues bien, si se repasan informes y revistas editados por muchos centros de investigación para la paz y ONG de derechos humanos durante la última década, se descubre que muchos conflictos armados y crisis habían sido detectados y alertados de forma anticipada. Y frente a este potencial de prevención, la mayoría de instituciones internacionales, organismos y estados —mucho más capacitados y dotados que las ONG del movimiento por la paz— sólo han sido capaces de organizar respuestas militares a las crisis.

Lo realmente ingenuo es pensar que un mundo como el nuestro (con centenares de millones de personas que viven en extrema pobreza; con más de veinte conflictos armados abiertos que se alargan y se enquistan; con una cultura de violencia reforzada por doquier; con brutales violaciones de derechos humanos y con una total falta de voluntad de resolver todo esto por parte de los poderes políticos y económicos) es sostenible. Mientras esas sean las coordenadas que definan el planeta, es evidente que habrá crisis, desastres, guerras y dramas de todo tipo. Cuando se tienen responsabilidades colectivas, no entender esto —además de ingenuo— es claramente irresponsable.

Por lo demás, llevamos suficientes años comprobando los «magníficos resultados» que el egoísmo inmediatista, la defensa de intereses mezquinos y el militarismo a ultranza suponen para nuestro mundo. Con la crisis del 11-S, va quedando claro que en un mundo interdependiente y complejo, no hay posibilidad de huida: toda acción (o inacción) política puede tener resultados e impactos en cualquier parte del mundo.

Parece que uno de los objetivos de la guerra contra Afganistán, acabar con el régimen talibán, se ha conseguido. ¿Qué opinas sobre la nueva situación? ¿Supone el nuevo régimen la posibilidad de rehacer la vida material y social de Afganistán en el futuro o responde prioritariamente a los intereses de Occidente en la zona?

Afganistán está, desde hace 24 años, inmersa en una interminable espiral de guerra, y violencia, por causas internas pero también por la ingerencia de otros países de la zona y de fuera (Paquistán, Irán, India, URSS-Rusia, Arabia Saudí, EE UU, etc.) que han dado apoyo directo y descarado a sus señores de la guerra particulares, para poder consolidar mejor sus variados intereses sobre la zona.

Obviamente, como en la mayoría de conflictos armados, la población civil es quien se lleva la peor parte. En los últimos 10 años los enfrentamientos, las matanzas y las vulneraciones de los derechos humanos han caracterizado la vida cotidiana de muchos afganos y afganas. Con el ascenso de los talibán, las mujeres han sufrido una guerra particular y específica por su condición de mujer. El resultado de todo ello es de sobras conocido: millones de muertos, millones de refugiados y desplazados, pobreza endémica, falta de legitimidad institucional, etc.

Escrito por Elena Grau
Martes, 16 de Enero de 2001 10:32 -

Las acciones militares de EE UU y Gran Bretaña en Afganistán es obvio que han añadido más muerte, pobreza y destrucción de la que ya había.

Sin embargo, no podemos negar que con la caída del régimen talibán y la creación del gobierno provisional auspiciado por la ONU, parece abrirse una posibilidad de llegar a conseguir un gobierno estable y legítimo en Afganistán. La clave estará en que la atención internacional no desaparezca del todo: sin ella, fácilmente unos señores de la guerra demasiado acostumbrados a resolverlo todo a base de la fuerza, podrían volver a tomar las riendas de la situación.

Pero no lo olvidemos ni nos dejemos engañar: esta puerta abierta a un nuevo futuro para Afganistán es un efecto colateral de la guerra, no el objetivo de la misma. La guerra no se inició para liberar al pueblo afgano del régimen talibán: en 24 años, nadie (Paquistán, Arabia Saudí, Irán, India, Rusia, EE UU, etc.) se ha interesado lo más mínimo por la situación de la población civil afgana. De hecho, si Bin Laden hubiera estado protegido por otro régimen en otro país, el presente de Afganistán continuaría siendo talibán.

El movimiento pacifista internacional manifestó desde el primer momento su condena a los atentados y su solidaridad con las víctimas a la vez que afirmaba su opinión contraria a la guerra. ¿Qué tipo de actividades se han realizado en diferentes países y en el nuestro en concreto?

Ha habido mucha actividad y esto ya es algo relevante. Es interesante destacar, también, la existencia de cuatro ámbitos concretos en los que se ha organizado una contestación simultánea a los atentados y a la guerra.

Por un lado, las organizaciones internacionales de derechos humanos que tuvieron la lucidez, y sobre todo la valentía, de adoptar unos posicionamientos muy críticos en momentos muy duros, emitiendo comunicados e informes en los que alertaban de la necesidad de pedir justicia y no promover la guerra o la venganza. Más tarde, sus informes apuntaban los desmanes en Afganistán y, más recientemente, las extralimitaciones en vulneraciones de derechos humanos.

En segundo lugar, el movimiento pacifista tradicional que, junto al reciente movimiento por otra globalización, es el que más ha convocado manifestaciones y acciones de protesta en la calle. Se han creado plataformas de todo tipo y muchas de ellas coordinadas a nivel internacional. Hubo algunos fines de semana (29 de septiembre, 28 de octubre, etc.) en que en muchas ciudades y países del mundo hubo respuestas coordinadas contra la guerra y la violencia. De forma más específica, el movimiento por la paz ha sido responsable, además, de un sinnúmero de documentos de carácter ideológico y ético, y también de la organización de seminarios, jornadas y debates que han permitido abrir la crisis del 11-S a la reflexión ciudadana.

Finalmente, cabe destacar el papel de las ONG humanitarias de ayuda al Tercer Mundo. Su papel ha sido clave, sobre todo, en la denuncia de la situación extremadamente precaria de Afganistán, destacando que se trataba de una población civil que ya había sufrido bastantes años de pobreza y violencia para, encima, bombardearles en nombre de la justicia infinita o la libertad duradera.

En el Estado español ha habido plataformas y acciones diversas. La Plataforma Aturem la Guerra en Cataluña ha llevado a cabo convocatorias ciudadanas importantes. También destacaría el acto unitario que varias ONG convocaron en la Universitat Pompeu Fabra (UPF). Fue un acto especial, emotivo y reflexivo, que permitió el encuentro de mucha gente del entorno pacifista en unos momentos duros.

Como director de la Fundació per la Pau, con sede en Barcelona, y como persona que dedica sus esfuerzos desde hace tiempo a la actividad pacifista ¿Que líneas de trabajo te parecen prioritarias para avanzar hacia una cultura de paz frente a la cultura de la violencia?

Hace un año y medio, desde la Fundació per la Pau preparamos una exposición «Cultura de paz para el nuevo milenio» donde nos interrogábamos por los retos pendientes y por las vías de trabajo a desarrollar para permitir la implantación progresiva de una cultura de paz. Creo que toda esa reflexión es perfectamente pertinente después de la crisis del 11 de septiembre.

Necesitamos nuevos valores (basados en la noviolencia y la aceptación de la diversidad) y nuevas prácticas (que nos hablen de la transformación de conflictos, la mediación, etc. y nos alejen de la violencia y la exclusión como forma de resolverlos). Necesitamos, también, nuevas políticas (prevención de conflictos, prioridad real por la promoción y defensa de los derechos humanos, construcción de auténtica seguridad basada en la justicia y el re-equilibrio, desarme, desmilitarización) y nuevas estructuras (se impone, una vez más, la reforma y democratización urgente de Naciones Unidas y de las estructuras suprarregionales).

A nivel de fórmulas de trabajo, debemos incrementar los esfuerzos en el campo de la educación para la paz y, a la vez, coordinarnos mejor y con más ambición para poder llevar a cabo campañas de presión política efectivas, tanto a nivel estatal, como europeo y mundial.

En el fondo, tengo la impresión que todo se puede resumir en poner los derechos humanos como prioridad real y recuperar el valor y centralidad social de la noviolencia, entendida como lucha con respeto por las personas y como el más efectivo instrumento de cambio.